

con las que han tenido contacto a lo largo de sus vidas qué es lo que Dios espera de ellos, es decir, su vocación. Algo que se va descubriendo a través de los signos que la vida te pone por delante y a base de reflexionar sobre el papel de cada uno a través de las experiencias vitales y de las relaciones con la familia, el trabajo y los amigos. Esa vocación consiste en santificarse en medio de la sociedad y hacer experimentar a las personas con quienes tienen contacto, el amor de Dios

y la plenitud de la filiación divina, de lo que significa y aporta a sus vidas el saberse hijos de Dios. Cuestiones demasiado espirituales y aparentemente casi inalcanzables, pero que se concreta de manera muy práctica en la vida diaria como muestran estos laicos en sus testimonios. Una palabra amable, atender las necesidades de una persona, valorar a un futuro empleado no por sus creencias religiosas si no por sus virtudes y valores, son algunas de las situaciones en las que

**Cada uno desde su vocación aporta un servicio a la sociedad para mejorarla**

un laico muestra su semejanza con Jesucristo.

Estas personas reivindican también su vocación como una llamada más, como puede ser la de monja o sacerdote, y que se concreta en sus circunstancias personales, algunos dentro del matrimonio, otros como solteros, trabajando en un hospital, en una panadería, en un partido político o en cualquier lugar donde desarrollen su trabajo profesional.

A través de sus lugares propios en el

mundo, del sitio donde Dios quiere que estén, complementan la misión de los religiosos, porque, al fin y al cabo, es la misma para todos: llevar la imagen de Cristo a todas las partes, atendiendo a las circunstancias y contextos de la sociedad.

Ricardo Granado, subdirector de editorial San Pablo, recordaba durante la jornada que «cada uno desde su propia vocación específica intenta aportar un verdadero servicio a la sociedad para mejorarla».



Juan García Calleja  
PROFESOR

«Tenemos que descubrir la corresponsabilidad en los carismas»

Juan es una de esas personas que al mirarla desprende bondad. Tiene 52 años y profesor en el colegio La Salle. Su aspecto vaticina que sus alumnos le adoran y lo que cuenta corrobora que se trata de una buena persona que irradia lo que lleva en el fondo de su alma. Por el colegio en el que trabaja ya se adivina la familia a la que pertenece, la Salle, ahí se educó desde pequeño y es con ese carisma con el que se identifica y a través del cual lleva a cabo su vocación de cristiano, una vocación a la que están llamados todos los bautizados y que consiste en alcanzar la santidad propia y en llevarse al cielo con uno mismo al máximo número posible de personas.

En el día a día su papel de católico laico se concreta de una forma muy práctica. Primero en su trabajo, siendo un buen profesional y atendiendo a sus alumnos como debe y, después, «realizando con responsabilidad las funciones que tengo asignadas en los proyectos en los que participo». Actualmente se encarga de los grupos de animación, atendiendo a las personas en las necesidades que demandan, coordinando la pastoral de pedagogía y formación, gestiona los recursos humanos y financieros para que las personas puedan realizar los proyectos de formación encargados, también hace seguimientos de estas formaciones para ver su repercusión y constatar los beneficios que reporta a la sociedad.

Entre los retos a los que se encuentra ahora los laicos destaca que está el concienciar de que el laicado no es un trozo de tarta que se reparte, sino una experiencia para descubrir juntos lo que los carismas deben ser hoy en la sociedad, es la corresponsabilidad del carisma. «Hasta ahora los religiosos te dan un trocito de la tarta y lo reparten contigo, pero el espíritu es que todos tenemos la misma misión. Es un reto para los religiosos y los laicos, porque muchos laicos tampoco tienen conciencia de esto». Así, hace una llamada para que «sean capaces de entrar dentro de sí mismos y reflexionar sobre el mundo qué sienten que ven alrededor y ahí descubrir donde deben estar».



Mario Vidart  
PROFESOR DEL COLEGIO SANTA MARÍA DEL PILAR

«En la fe hay que crecer conjuntamente religiosos y laicos»

Mario fue alumno del Colegio Marista donde ahora, además, imparte clases de economía a los alumnos de Bachillerato. Allí creció académica y espiritualmente y es en el colegio donde empieza a descubrir que su vida se encamina hacia la vivencia de un determinado carisma, el marista, definido, por él mismo como «familia, cercanía y fraternidad».

Además de su labor como docente, Mario colabora en las labores de pastoral del colegio y pertenece a la Comunidad Laica Marista en la que «se comparte la vida y se reivindica la necesidad de abrir el papel de los laicos en la Iglesia, de crecer conjuntamente, Iglesia, religiosos y laicos, en la fe y en ese compartir que hoy, más que nunca, se hace necesario». El trabajo en un colegio marista –reconoce Mario– le ofrece la posibilidad de tener un contacto diario y cercano con religiosos en esa misión compartida de la que tanto se ha hablado. «Un ir de mano a mano en la construcción de un proyecto educativo concreto pero que, desde la visión del laico, permite estar cercano al mundo de hoy».

Su día a día se fundamenta, además, en la familia. Mario ha elegido la vocación matrimonial para desarrollar su misión como laico marista. Junto con su mujer, y recientemente, con su hijo, han creado una pequeña comunidad familiar que vive con integridad esa faceta del cristiano. Su elección de vida le permite compaginar la vida personal, profesional y cristiana de una manera perfecta.

A día de hoy, el mayor reto que se plantea, y no es que sea nuevo, es vivir con integridad su vida cristiana y, sobre todo, evangelizar a los jóvenes. Como él una vez, tuvo oportunidad de experimentar, Mario quiere ser ahora luz para aquellos jóvenes de su colegio que están en búsqueda: «No con la idea de ganar adeptos, sino como transmisor de un mensaje que te acerca a la verdadera felicidad, a la alegría, al sentirte amado y a responder de ese amor gratuito de Dios», detalla.



Marta Cesteros  
PROFESORA DE BACHILLERATO

«La vocación laical existe, no es lo que te queda si no quieres ser monja»

Marta Cesteros, a sus 42 años, se dedica a la docencia. Es profesora de Lengua en Bachillerato en el colegio Salesianos de Atocha en Madrid. Se confiesa laica, más bien fiel laica, que así llamó Juan Pablo II a estos cristianos comprometidos con su fe para diferenciarlos de los que actualmente la sociedad y los estados llama laicos, aquellos que no profesan ninguna fe. Marta vive su laicismo a través de la congregación de los salesianos. Su vinculación se deriva del colegio en el que estudió de pequeña, el de María Auxiliadora, también en Madrid. Además de lo que aprendió en el colegio, donde le mostraron la devoción a la Virgen y le enseñaron prácticas tradicionales como la visita al Santísimo Sacramento, le debe su vocación a sus abuelos. «Mi familia no es excesivamente creyente, pero mi abuela siempre me fue inculcando el amor a Dios», señala. Recuerda que gracias al colegio y a sus abuelos la fe ha formado parte de su vida de una manera muy natural. «La verdad es que siempre he confiado en Dios», resalta. «A veces me enfado mucho con Él y me peleo», pero esa relación es enriquecedora, y muestra como es el trato de un hijo con su Padre, de amor, de cariño, a veces de enrabietarse, una relación como cualquier padre con su hijo, ya que al final, así es la relación de los cristianos con Dios». Descubrió su vocación a los 20 años cuando colaboraba como animadora en un centro juvenil de los salesianos. Fue entonces cuando empezó a pensar sobre el sentido de su existencia y su función en la vida y descubrió que su sitio estaba en ser una cristiana normal y corriente en medio del mundo pero a través del carisma de esta congregación. Cuenta que es difícil darse cuenta del lugar en que tiene que estar cada uno, pero apostilla que «esto se va descubriendo con los diferentes signos que te vas encontrando a lo largo de la vida si los miras a la luz de Dios». Además, insiste en que «la vocación laical existe. No es lo que te queda si no tienes vocación a monja o a sacerdote, es una vocación más. De lo que se trata es de descubrir cuál es tu sitio en el mundo y comprometerte».